

Martín Lutero y su obra. *Comentario al Magnificat*

Clara María Temporelli, *odn**

El *Comentario al Magnificat*¹ representa una síntesis de la postura mariológica de Lutero, quien inicia la composición, de la que habría de merecer ser designada como “una perla entre sus comentarios exegéticos” (Lohse 1982), en noviembre de 1520. El trabajo se sitúa exactamente en el período que media entre la condena de las posturas luteranas por la bula *Exurge Domine* de León X, y la promulgación definitiva de la excomunión al Dr. Martinus. Este dato nos dice de las conmociones interiores y exteriores, de las ásperas controversias teológicas y los agitados movimientos políticos que constituyen el marco en el que se sitúa la elaboración de la pequeña obra. En aquél mismo año, ésta va acompañada de otros tres escritos de muy diferente índole, pero destinados a erigirse en “el faro ideal de la Reforma”: *An den christlichen Adel deutscher Nation*, en que asienta las bases de una ética laical; el resonante tratado sobre la libertad con que responde a la excomunión en *Von der Freiheit eines Christenmenschen* y *De captivitate babilonica Ecclesiae*, rebosante de los más duros juicios y violencias verbales contra la jerarquía romana.

Nada de esta agitación se traduce en este comentario, que tuvo que interrumpir al ser llamado por el emperador Carlos V a declarar en la dieta de Worms en abril de 1521. Aunque la dedicatoria lleva la fecha del 10 de marzo de 1521, la terminó de pulir en los meses de septiembre y octubre durante su encierro en el castillo de Wartburg, dónde se recluyó para evitar el destierro.

El destinatario de la obra es el joven príncipe Juan Federico de Sajonia, sobrino del elector de Sajonia, Federico el Sabio. El príncipe Juan Federico, había conseguido la benevolencia y protección de su tío para Lutero. Agradecido, este prometió dedicarle el *Comentario al Magnificat*. Es conveniente tener este hecho en cuenta para comprender el tenor de algunos comentarios y del libro en general. No obstante, esto no perjudica el carácter teológico de la obra. En esta obra van tomando cuerpo las ideas de Lutero sobre la gracia y la justificación; la nada del ser humano y la corrupción de su naturaleza; y el principio de “sólo Dios salva”. Hace hincapié principalmente en los versículos que ponderan la bajeza de María, fustiga a los poderosos y enaltece a los débiles y humildes. E. Touron afirma: “Es el comentario bíblico mariano del Reformador más representativo y ecuménico”.²

En el comentario, Lutero toma el Cántico de María versículo por versículo. En él podemos encontrar sus verdaderos principios hermenéuticos que dirigen y orientan su

*Doctora en Teología. Religiosa de la Orden de la Compañía de María Nuestra Señora. Profesora de Psicología, da clases de Mariología en la Facultad de Filosofía y Teología de la Universidad del Salvador (Buenos Aires, Argentina). Miembro del Área Teológica del centro de estudios Cristianismo i Justicia. Correo electrónico: clartemporelli@yahoo.es.

² E. Touron, “El Magnificat de Lutero”, en *EphMar*, 44, (1994), 371.

exégesis. Enumera las obras de Dios, cantadas por María en contraposición e inversión escatológica con las obras de los soberbios, poderosos y ricos.

I. Contenido mariano

Lutero se propone comentar la letra y el espíritu del cántico evangélico. No obstante encontramos afirmaciones explícitas sobre las verdades marianas, el modo de honrar a la Virgen y críticas hacia las prácticas marianas. No abdica de sus radicales convicciones teológicas para postrarse ante la imagen de María; sino que se vale de este medio para darles cauce de nuevo y confirmarlas desde un ángulo distinto.

Destacaremos algunos de los aspectos del retrato que nos traza de María.

1.1 Experiencia de Dios

En la introducción destaca que nadie puede hablar correctamente de Dios, si no experimenta en sí mismo la gracia del Espíritu Santo. María ha sido iluminada y enseñada por Él. Ha experimentado las maravillas que Dios ha hecho en ella a pesar de ser poca cosa, pobre e insignificante.

“Para la ordenada comprensión de este cántico es preciso tener en cuenta que la bienaventurada virgen María habla de una experiencia peculiar por la que el Espíritu Santo la ha iluminado y adoctrinado. Porque es imposible entender correctamente la palabra de Dios, si no es por mediación del Espíritu Santo, si no es quien la experimenta, la prueba, la siente... precisamente porque la santa Virgen ha experimentado en sí misma que Dios le ha hecho maravillas, a pesar de ser ella tan poca cosa, tan insignificante, tan pobre y despreciada, ha recibido del Espíritu Santo el don precioso y la sabiduría de que Dios es un señor que no hace más que ensalzar al que está abajado, abajar al encumbrado y, en pocas palabras, quebrar lo que está hecho y hacer lo que está roto”.³

Ha gustado la dulzura del Espíritu de Dios, por eso puede hablar tan maravillosamente de él. Por el ejemplo de su experiencia y por sus palabras nos enseña cómo debemos reconocer, amar y alabar a Dios

“la dulce madre de Dios: por el ejemplo de su experiencia y por medio de su palabra nos dice la forma en que se tiene que reconocer, amar y alabar a Dios. El hecho de que aquí se gloríe con alegre y exultante espíritu de gozo y alabe a Dios por haberse dignado mirarla, a pesar de su insignificancia y de su nada”.⁴

³ Magnif., 177.

⁴ Ibid., 179.

1.2 Modelo y maestra para los creyentes

María nos da lecciones de cómo hemos de alabar a Dios sin buscar nuestro propio interés. ¡Qué hermoso Magnificat entonaríamos si siguiésemos su ejemplo!⁵ Porque María no lo cantó para ella sola, sino para todos nosotros, para que también nosotros lo cantemos a su imitación.⁶ Lo más grato de María es que aprendamos de su ejemplo a esperar y confiar en Dios. Su mediación debe ser mediación de tránsito hacia Dios y hacia Jesucristo sin parar en ella misma; una mediación ejemplar que mueve a confiar no en ella sino como ella, un confiar en Dios contra toda prueba o sufrimiento

“¿Piensas que puede haber otra cosa que le resulte más grata que este llegar tú a Dios por medio suyo, que aprender por su ejemplo a confiar y esperar en Dios, aunque sea a costa de ser despreciado y anonadado? De todas formas suceda durante la vida o la muerte, lo que desea no es que acudas a ella, sino que por su medio te dirijas a Dios”.⁷

Lo más grande en el cielo y en la tierra es el verdadero conocimiento de Dios. La madre de Dios lo enseña estupendamente a todo aquél que esté dispuesto a entenderlo.⁸

1.3 Pequeñez y grandeza de María

Lo que Lutero resalta con más fuerza en este comentario es la insignificancia, la bajeza, la pequeñez de María tal como ella se ve a sí misma y tal cual es. Pero Dios la ha mirado y la ha enaltecido sobre toda criatura. Comenta largamente el versículo 48 del Magnificat: “Ha mirado la pequeñez de su sierva”, que traduce: “Me ha mirado a mí, su insignificante sierva”. Advierte con razón que “humilitas” no significa aquí la virtud de la humildad, sino la bajeza, la pequeñez de María. No se ufana ella de su humildad, lo cual sería una presunción y una soberbia intolerables, sino que reconoce su insignificancia y su nada.

“La *humilitas* no es otra cosa que un ser o estado despreciado, sin apariencias, bajo exactamente igual al estado en que se encuentran los pobres, los enfermos, hambrientos, sedientos, los prisioneros y los hombres que sufren y mueren, de la misma forma en que se halla Job en medio de las tribulaciones, David arrojado de su reino, o Cristo cargado con las miserias de todos los cristianos.... De esta palabra *humilitas* deducimos con evidencia que la Virgen María fue una muchacha menospreciada, insignificante y sin apariencia, y que precisamente por eso sirvió a Dios, sin advertir que él tenía en tanto aprecio su baja condición”.⁹

⁵ Cf. *Ibid.*, 184.

⁶ Cf. *Ibid.*, 182.

⁷ *Ibid.*, 189.

⁸ *Ibid.*, 193.

⁹ *Ibid.*, 185.

El insistir en esta condición humilde de María no le impide ensalzarla sobre toda criatura, porque Dios ha hecho en ella cosas grandes:

“Las cosas grandes no son más que el haber sido ella la madre de Dios; con ello le han sido otorgados tantos y tales bienes que nadie es capaz de abarcarlos. De ahí provienen todo honor, toda felicidad, el ser una persona tan excepcional entre todo el género humano, que nadie se le puede equiparar, porque con el Padre celestial ha tenido un hijo. ¡Y qué hijo! [...] Y de esta suerte en una sola palabra se puede compendiar su gloria. Porque quien la llama “madre de Dios” no puede decir nada más grande, aunque tuviera tantas lenguas como hojas y hierbas hay en el campo, estrellas en el firmamento y arenas en el mar. Es preciso pensar muy de corazón qué significa eso de ser madre de Dios”.¹⁰

Al mismo tiempo que la enaltece, no se olvida de atribuirlo todo a la gracia y acción de Dios. De ahí ese contraste que se juntan en María: la riqueza de Dios y su honda pobreza.¹¹

Contemplando la actitud de María, exclama:

“¿No te parece maravilloso el corazón de María? Se sabe madre de Dios, ensalzada por todos los humanos, y a pesar de ello permanece tan sencilla y serena que ni siquiera a una humilde criada la hubiera considerado como inferior a sí”.¹²

María ha de verse siempre en relación con Dios, pues:

“Los que la aíslan de Dios, [la alaban, la ensalzan, la convierten en un ídolo], no nos dejan descubrir el consolador espectáculo de la gracia divina. Nos ocultan su verdadero rostro. No nos la presentan como el espejo de la gracia de Dios, que atrae a todo el mundo a la gracia divina, a la firme esperanza, al amor, a la alabanza”.¹³

1.4 Maternidad divina y virginidad

La maternidad divina de María, dada su fe en Jesucristo como verdadero Hijo de Dios, le ofrecía menos dificultades que actualmente. De la maternidad divina hace derivar todos los dones y virtudes de María. Lutero conservó hasta el final de su vida la fe en la virginidad de María, a pesar de que no lo podía probar por la Escritura. En este

¹⁰ *Ibid.*, 191.

¹¹ Cf. *Ibid.*, 189.

¹² *Ibid.*, 183.

¹³ *Ibid.*, 183.

Comentario al Magnificat menciona solamente la concepción virginal de Jesús por obra del Espíritu Santo y su nacimiento sin merma de su virginidad.¹⁴

1.5 Fe de María

Las tres virtudes que Lutero resalta en María, en sus sermones y escritos, son: fe, humildad y pureza. “[María] no veía a Dios ni le sentía, pero creía con firme confianza que El era su salvador y su felicidad. Esta fe le provenía de la obra que Dios había cumplido en ella”.¹⁵

Nos parece interesante recordar aquí una anécdota, probablemente una leyenda, que cuentan del Papa León X, y revela el carácter de esta obra: habiendo leído el comentario de Lutero sin conocer su autor exclamó: “Dichosas las manos que tales cosas escribieron!”. Era el mismo Papa que pocos meses antes lo había excomulgado como hereje.¹⁶

2. Principios teológicos

2.1 Los méritos o la sola fe

Sabemos que Lutero rechaza todo mérito ante Dios que provenga de las buenas obras. En este comentario insiste en que todo es obra de Dios y no de María:

“Todo mérito, toda presunción se ven tirados por tierra, mientras que [María] ensalza la pura gracia y misericordia de Dios”.¹⁷

En el comentario no se trata de la cuestión del mérito en general, sino de una cuestión particular, la concepción sobre los méritos de María que le valieron el ser elegida como madre de Dios, para él oscurecía la verdad. El reformador se pregunta si ella por su humildad y santidad, mereció ser elegida como madre de Dios, a lo que responde

“la Virgen no mereció ni pudo merecer tal dignidad. ¿Cómo podría merecer una criatura ser madre de Dios?... Algunos escritores parlotean mucho sobre la dignidad de María para tal maternidad, pero yo le creo más a ella que a ellos. Y ella proclama que Dios se ha fijado en su nada; no dice que le haya recompensado algún servicio, sino “ha hecho cosas grandes en mí”. Las ha hecho por sí mismo, sin servicio por mi parte. Nunca en su vida pensó en ser madre de Dios; menos aún se preparó y se dispuso para ello: el anuncio la sorprendió, como dice Lucas”.¹⁸

¹⁴ *Ibid.*, 179; 204.

¹⁵ *Ibid.*, 184.

¹⁶ Cf. D. Fernández, “Comentario de Lutero al Magnificat”, en *EphMar* 33 (1983) 270.

¹⁷ *Magnif.*, 102.

¹⁸ *Ibid.*, 191.

Martín Lutero va analizando teológicamente el tema y considera que la obra que Dios hizo en ella - la divina maternidad de engendrar a su Hijo-, no vino preparada por las virtudes de María, ni fue esperada por ella dada su humildad. En el momento que Dios se fija en ella, por más Virgen pura y humilde que fuera, pertenecía a

“una cepa muerta [el tronco de Jesé]: Justamente como una cepa muerta, que no dejaba sospechar ni esperar que de ella pudiera brotar un nuevo rey de tan elevado rango. Y precisamente entonces cuando esta falta de vistosidad había tocado su punto máximo, llega Cristo para nacer de esta menospreciada estirpe, de esta insignificante y pobre mozuela; el renuevo y la flor brotan de una persona a la que las hijas de los señores Anás y Caifás no hubieran creído digna de ser su más humilde criada. De esta suerte las obras y mirada de Dios tienden hacia la bajura, las de los hombres, sólo a las alturas”.¹⁹

Hemos de reconocer que no pocos autores y predicadores antes y después de Lutero han considerado que Dios se complació en la pureza y humildad de María y por eso la escogió por madre suya. Este punto de vista lo podemos leer desde los tiempos de los Padres de la Iglesia y algunos teólogos propusieron la cuestión de si María había merecido la gracia de la maternidad divina.²⁰ Lutero ha tenido en cuenta las afirmaciones de quienes consideraban a María portadora de unas virtudes dignas de ser elegida como madre de Dios y de esperar ella este honor.²¹

El reformador, ve un peligro en las órdenes religiosas que insisten en la “observancia de las buenas obras”, y en el valor de los sistemas de piedad, fundamentados en obras externas: ayunos, disciplinas, limosnas. Recurre a la experiencia de la fe fiducial, de la que da esta definición:

“La única fuente de paz consiste en enseñar que ninguna obra, ninguna enseñanza exterior, sino sólo la fe, es decir, la firme esperanza en la invisible gracia que Dios nos ha permitido, acarrea la piedad, la justificación, la santidad”.²²

A partir de las palabras del Magnificat “porque ha hecho en mí obras grandes”, Lutero verá que la fe es algo que tiene que ver con uno mismo, María es de modelo de la fe viva y operante del cristiano,

“no basta con que creas que Dios ha obrado cosas grandes con otros, pero no contigo, pues con ello te verás privado de esta divina acción. [Dos tipos de peligros acechan a esta fe en Dios: por una parte los engreídos, soberbios-pode-

¹⁹ *Ibid.*, 180.

²⁰ Cf. G. Roschini, *Mariología*, T.II, Roma 1947, pp. 43-48

²¹ Muy en concreto es clara la discrepancia con el comentario de Alanus de Insulis (1120-1202), discípulo de San Bernardo de Claraval, quien se fijaba en las virtudes de María para ser madre de Cristo. Por el contrario Lutero destaca la nada y pobreza de María.

²² *Magnif.*, 181.

rosos-ricos, que todo lo ponen en su esfuerzo y capacidad, y los desesperados, descorazonados y desconfiados. Unos y otros forman una estirpe] cuya fe es inexistente, muerta, como ilusión nacida de la fábula.²³ Tienes que estar convencido, sin duda ni vacilación posible, de la [buena] voluntad de Dios para contigo, y creer con firmeza que contigo quiere realizar cosas grandes [...] Esta es la única fe que justifica, la única que aboca a la experiencia de las obras divinas y, a través de ello, la que impulsa al amor de Dios, a alabarle, a cantar que el hombre le engrandece y le magnifica con razón”.²⁴

Ve en María la primera creyente y el más acabado ejemplo de esta riqueza salvífica de la fe fiducial. Y también ella es la más grande de todas las mujeres y hombres creyentes por dos cosas: porque “su alma glorifica al Señor y su espíritu se alegra en Dios su Salvador” y porque Dios ha hecho en ella la obra más grande, engendrar a su Hijo.

Como teólogo, penetra en lo que significa que María ha sido mirada por Dios (“ha mirado la pequeñez de su sierva”), y llega a decir:

“María confiesa que la primera obra que Dios ha realizado en ella ha sido la de mirarla. Es la mayor, ya que las restantes dependen y dimanan de ella. En realidad, cuando Dios vuelve su rostro hacia alguien para mirarle, allí se está registrando gracia pura, felicidad, y de ello se siguen los bienes y todas las obras”.²⁵

El Reformador es contundente: María no mereció ser madre de Dios. No es una recompensa, sino pura gracia:

“Ella [a maternidad divina] no es mérito por su parte. Porque, aunque no haya cometido pecado, se trata de una gracia tan extraordinaria, que en ninguna manera puede haber sido digna de recibirla”.²⁶

María aparece en su obra como un instrumento meramente pasivo; no concede importancia a la cooperación de María en la obra de la encarnación; ni la fidelidad de María a la gracia recibida; ni a la libertad de su respuesta. Estas consideraciones faltan y no encajan con su teología.

2.2 *El solo Dios y solo Cristo; la sola gracia y la sola Escritura*

La negación rotunda a admitir cualquier forma de cooperación de María a la obra de salvación, proviene de los principios fundamentales de la reforma luterana: *Solo Dios, solo Cristo, sola gracia, sola Escritura*. Al acentuar de esta manera la trascendencia de

²³ *Ibid.*, 182; cf. E. Touron, “El Magnificat de Lutero”, en *EphMar*, 44, (1994), 386-397.

²⁴ *Ibid.*, 182.

²⁵ *Ibid.*, 188.

²⁶ *Ibid.*, 191.

Dios impide ver que Dios ha hecho partícipes a sus criaturas de su poder y de su bondad. En este sentido establece:

“Porque lo mismo que al comienzo de la creación [Dios] hizo el mundo de la nada –por eso se le llama creador y omnipotente–, de la misma forma seguirá actuando hasta el final de los tiempos de tal suerte que lo inexistente, lo insignificante, lo menospreciado, lo miserable y lo que está muerto lo trueque él en algo precioso, honorable, dichoso y viviente. Y por el contrario, todo lo precioso, honrado, dichoso y viviente lo transforme en nonada, pequeñez y despreciado, miserable y perecedero”.²⁷

Lutero, acepta la concepción agustiniana del pecado original, desde la cuál parte para concebir la naturaleza humana como radicalmente corrompida por el pecado. Su teología se convierte en una teodicea donde Dios queda siempre justificado, mientras que el ser humano es condenado. Esto lleva a una antropología de caracteres negativos y pasivos. Resume esta doctrina en esta afirmación teológica:

“Entre los humanos no hay ningún creador que esté dispuesto a hacer algo de la nada”.²⁸

Lo que nos permite entrever la distancia radical entre Dios y la persona humana que subyace en su teología y que establece el tipo de relación entre María y Dios.

En este comentario, insiste en el *solo Dios*, pues en las obras de la salvación todo ha de atribuirse exclusivamente a Dios. Nada hizo ni puede hacer por nosotros María:

“Ella no hace nada, Dios lo hace todo”.²⁹

Estos principios llevados al extremo dificultan la visión sobre la función soteriológica que corresponde a la humanidad de Cristo. Y Congar considera que

“nuestra teología mariana, [ha de ser considerada] en unión con su raíz, que es el dogma cristológico y el papel de la humanidad de Cristo en la economía de la salvación”.³⁰

En su comentario no puede menos de aceptar que María ha sido el instrumento elegido por Dios para llevar a cabo la encarnación del Verbo. Además de los textos que hablan de la encarnación,³¹ creemos que afirma que de una determinada manera pode-

mos llegar a Dios por María.³² La idea fundamental que recalca es que la acción de Dios en María y su ejemplo han de estimular nuestro amor y nuestra fe en Dios. María nos indica el camino, pero claramente afirma que “no quiere que acudas a ella”, con lo que manifiesta el rechazo a una mediación de María en la historia de salvación.

2.3 Culto y devoción mariana

En este comentario podemos decir que Lutero pide que se eviten los abusos en el culto mariano, que no se recurra a María como a una diosa, que no la convirtamos en un ídolo:

“Es preciso mesurarse y no ensalzar su nombre hasta el extremo de proclamarla ‘reina del cielo’, como lo es en verdad. Lo que no se puede hacer es convertirla en un ídolo capaz de dar y ayudar, como lo creen algunos que la invocan y confían en ella más que en el mismo Dios. No es ella la que da, es Dios quien concede”.³³

Propone un modelo de oración que refleja su pensamiento:

“¡Oh tú, bienaventurada virgen y madre de Dios; qué nada eres, qué pequeña y despreciada has sido y, sin embargo, qué graciosa y abundantemente te ha mirado Dios y qué grandes cosas ha realizado en ti!. Nada de eso has merecido, pero la rica y sobreabundante gracia que Dios ha depositado en ti supera inmensamente tus méritos. ¡Dichosa de ti! Desde este momento eres bienaventurada eternamente, porque has hallado a un Dios así [...]”.³⁴

Añade que nadie piense que ella oye con desagrado que se le diga que es indigna de tal gracia, porque ella misma confiesa su indignidad y su nada. Y prosigue:

“Quien quiera honrarla correctamente no debe representársela sola ante sí, sino que debe situarla ante Dios y muy por debajo de él, despojarla [de sus excelencias] y contemplar, como ella dice, su nada. Después vendrá la admiración ante esta maravilla de la sobreabundante gracia de Dios, que tan pródiga y bondadosamente mira, abraza y bendice a un ser tan pequeño e insignificante. Esta contemplación nos llevará a amar y alabar a Dios que se fija en los humildes y pequeños”.³⁵

²⁷ *Ibid.*, 178.

²⁸ *Ibid.*, 178.

²⁹ *Ibid.*, 192.

³⁰ Y. Congar, *Cristo, María y la Iglesia*. Barcelona 1962, 30-31.

³¹ *Magnif.*, 179-180; 203-204.

³² Cf. nota n.116 (“¿Piensas acaso que puede resultarle, cosa más grata que el que tú de este modo por medio de ella te llegues a Dios y aprender en ella a confiar y esperar en Dios, aunque sea a costa de ser despreciado y tenido por nada, suceda esto donde suceda, ya sea durante la vida o en la muerte? Ella no quiere que tú acudas a ella, sino que por ella vayas a Dios”)

³³ *Magnif.*, 191-192; cf. también *Magnif.*, 188.

³⁴ *Ibid.*, 188.

³⁵ *Ibid.*, 188-189.

La preocupación de este Reformador, es que dirijamos nuestra atención a la obra de Dios y no a la persona de María. Existe un temor de que la criatura nos aparte del Creador. Con este principio pretendía corregir abusos reales.

Los especialistas suelen distinguir tres formas de culto mariano: 1) culto de veneración; 2) culto de imitación; 3) culto de invocación. Las dos primeras formas no presentan dificultad en esta obra. Vimos que ensalza a María y la propone como modelo de las actitudes cristianas. Las dificultades surgen en torno al culto de invocación.

Lutero fue evolucionando en su doctrina y su práctica respecto a la invocación y veneración de los santos, reduciéndola cada vez más o suprimiéndola del todo. Más de una vez afirma que la invocación a María hay que considerarla en el mismo nivel que la invocación a los demás santos.³⁶ Ser cristiano para él, significa recibir toda la gracia y los dones de Cristo y sólo de Cristo. De tal manera, que ante Cristo, fuente de toda gracia y salvación, no hay ni Pedro, ni María. No es Pedro más que el buen ladrón, ni María más que María Magdalena. Con lo que vemos aplicarse el principio de Cristo el único mediador y salvador.³⁷

Llama la atención el hecho de que comienza y termina su escrito sobre el Magnificat con una súplica a María; hacia el final de la dedicatoria al príncipe Juan Federico, dice:

“Que esta tierna madre de Dios me obtrenga el espíritu capaz de ofrecer de su cántico un comentario provechoso y fecundo³⁸ [y concluye con estas palabras:] Que Cristo nos lo conceda por la intercesión y voluntad de su querida madre María. Amén”.³⁹

Por lo cual no se puede negar estos dos hechos: Lutero en este escrito enseña que se ha de invocar a María para que Dios, por su voluntad, nos conceda y haga lo que le suplicamos; y él mismo la invoca al comienzo y al final de su obra.

La actitud de Lutero prescindiendo de ulteriores evoluciones, la expresa muy bien el comentarista de la edición de Weimar:

“La posición de Lutero sobre el culto mariano aparece en este escrito en un momento de transición. Todavía invoca al principio y al fin a la bendita madre de Dios implorando su poderosa intercesión, pero por otra parte declara: ella no quiere que tú acudas a ella, sino que por su medio vayas a Dios”.⁴⁰

El escollo lo encuentra en cómo evitar no oscurecer la única mediación de Cristo y la condición “humilde” que le compete a María como criatura.

³⁶ Cf. *Magnif.*, 192.

³⁷ Cf. Sermón del 19 de noviembre de 1525: WA 10/1, 2-229-441; WA 17/1, 469-474.

³⁸ *Magnif.*, 176.

³⁹ *Ibid.*, 204.

⁴⁰ Citado por O. Fernández, “Comentario de Lutero al Magnificat”, 274.

El problema de la invocación e intercesión de María continúa siendo examinado por las Comisiones Ecuménicas. En 1979, en el Congreso Internacional de Zaragoza, la comisión ecuménica llegó a la siguiente conclusión:

“pensamos que los santos, que ya han alcanzado la plenitud en Cristo, entre los cuales ocupa el primer puesto María, pueden rogar y ruegan por nosotros pecadores que luchamos y sufrimos en la tierra. Esto no oscurece la sola y única mediación de Cristo. Queda por esclarecer el sentido de la invocación directa de los santos, que viven en Dios, cuya invocación no es practicada por todas las iglesias”.⁴¹

3. Conclusión

El aporte de Martín Lutero a la Teología de María, nos permite captar la visión de los primeros tiempos de la Reforma y recoger aquellos aspectos positivos que nos invitan a una reflexión, revisión y ofrecer a la teología el realismo histórico-bíblico que la figura humana de María de Nazaret nos otorga.

La preocupación ecuménica ha impactado en el actual discurso mariológico, por esto la mariología bíblica es hoy uno de los aspectos más cultivados por exegetas de las iglesias católica y reformadas. En este campo existe un empeño en deslindar lo “mítico” de lo “histórico”.

Se trata de abrir camino a una imagen verdaderamente ecuménica de María, de modo que todas las iglesias cristianas puedan exclamar a María como la bienaventurada (Lc 1, 48).

Martín Lutero nos ha dejado un ejemplo de cómo realizar una Teología de María bíblica afín a la antropología.

⁴¹ *Declaración Ecuménica* firmada en Zaragoza el 9 de octubre de 1979, n. 4 Cf. *EphMar.* 29 (1979), 358-360.